



## INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

TRIBUNA | ANA SAN ROMUALDO

# Silverio, el dulzainero zen



**H**AY MUCHA MÚSICA que me recuerda a mi abuelo Silverio. Desde luego, piezas como la Entradilla, que él tocó

tantas y tantas veces en tan diversos actos, o como El Zángano, mi pasacalles preferido de gigantones, el que me devuelve su imagen cada año, dulzaina en mano, en las Ferias y Fiestas de San Juan y San Pedro.

Pero hay una canción que me habla directamente de él, de muchos hombres que fueron como él, y que creo que me puede ayudar a explicar, cuando se cumplen cien años de su nacimiento, quién fue Mariano San Romualdo Egido, Silverio, el dulzainero de los pueblos de Segovia.

Sé que puede sonar raro, porque la canción en cuestión se titula 'Baila el viento' y es de Josele Santiago, guitarrista y cantante de Los Enemigos; nada muy cercano al folclore castellano. Desde luego a Silverio habríamos tenido que explicarle quién es Josele, porque no creo que nunca llegase a escuchar ninguno de sus temas.

La letra de 'Baila el viento' habla sobre todo de la aceptación natural de lo que somos y de dónde estamos en cada momento de la vida. Habla de "escuchar a la tripas", de despertar en un huerto y sentir el placer de respirar, de saber que "solamente estás donde tienes que estar, sin saber, sin intentar", sin planearse un porqué, asumiendo que eres quien debes y que todo está bien, en equilibrio.

Estos conceptos, que están muy ligados a las filosofías orientales, al yoga, al zen, siempre me han parecido muy unidos también al espíritu del campesino castellano, a la representación de la sabiduría de Castilla, pegada a la tierra,



Mariano (izq.) y su hermano Miguel, en un concurso en 1923. / EL ADELANTADO

en sentido literal y metafórico. Un campesino que día a día cultivaba con sus manos, aceptaba, estaba donde tenía que estar, en equilibrio para que el mundo siguiese también equilibrado.

Aunque nunca fue campesino en el sentido estricto (solo cuando subía a su huerta de Rejales, en Tabanera del Monte, cogía Silverio la azada), siempre vi en él ese espíritu. Mi abuelo era sobrio, recio, recto, hasta con un punto de dureza que nos hacía verle distante cuando éramos niños. Y tocaba la dulzaina porque era lo que tenía que hacer, tocaba para estar donde debía estar.

Jamás se dio Silverio ninguna importancia por hacer lo que hacía. Si tenía que arreglar un zapato, lo arreglaba; si tenía que encender la caldera de la Sección Femenina, la encendía; y si tenía que tocar dos o 200 jotas, bailes de rueda, pasacalles o hasta pasodobles, los tocaba. Era algo que sabía hacer, que formaba parte consustancial de su persona, pero creo que nunca, ni un solo día de su larga vida, se consideró un artista.

Él se sentía incómodo cuando le daban premios, le invitaban a dar pregones, le rendían homenajes, hasta le dedicaban calles. Agradeci-



Una imagen típica de las ferias y fiestas: los Silverios, con los gigantones. / E.A.

do, sí; pero incómodo, también. Jamás me pareció falsa modestia, sino modestia de la de verdad, la de un hombre que, realmente, no pensaba que lo que hacía fuese para merecer tanto agasajo.

Seguramente por eso, donde más cómodo se sentía no era en festivales o actos oficiales. Muchas veces se ha dicho que si Agapito Marazuela fue un intelectual del folclore, de la dulzaina, Silverio fue quien entregó esa dulzaina, esa música, al pueblo, a fin de cuentas su legítimo propietario, su hacedor. Él recorrió con su dulzaina todos los pueblos de Segovia y de muchas otras pro-

vincias, sobre todo de esa Castilla ancha, pero también despoblada y pobre, que contaba con los dedos los pocos días de fiesta que permitían salir de la rutina diaria de esfuerzo y sacrificio.

Era en los pueblos, en la revuelta de buena mañana, en la procesión, en el baile de después de misa, en la velada..., donde Silverio se encontraba en su salsa, con los suyos; con gente del pueblo a la que ofrecía lo mejor que tenía, su música, una sucesión de sonos, siempre bien medidos, nunca una nota de más ni de menos, que salían de su dulzaina.

### PERSONAJES ILUSTRES | MARIANO SAN ROMUALDO (SILVERIO)

**H**IJO, PADRE Y ABUELO DE FOLCLORISTAS, nace Mariano San Romualdo en el Guijar de Valdevacas, el día 21 de mayo de 1914. Fue el mayor de los siete hijos del matrimonio compuesto por Silverio y Juliana. Desde pequeño, tiene que colaborar en las duras labores del campo. Su padre se ve obligado a compaginar varios oficios para sacar adelante a la familia, entre ellos, el de tocar la dulzaina y el tamboril por los pueblos cercanos, formando pareja con el "Tío Antonio" de Torreiglesias. En este ambiente de necesidad familiar, inicia Mariano su afición a la música tradicional, amenizando con su padre y sus hermanos las fiestas de los pueblos. También acompaña a otros dulzaineros con el tamboril, como Mariano Contreras "El Obispo", con quien debuta cuando tenía apenas quince años, en una boda que se celebra en Basardilla durante tres días y por la que percibe quin-

ce pesetas. Adquiere su primera dulzaina en Sotillo de la Ribera (Burgos) en casa de Victorio Arroyo. Los Silverios, como ya se les llamaba, acudían con asiduidad a las fiestas de Torreiglesias, Caballar, La Cuesta, Cabañas de Polendos, Brieva, Escalona del Prado, Veganzones y otras localidades limítrofes. Durante el duro invierno segoviano, la familia busca obtener otros ingresos adicionales, haciendo títeres y comedias por los pueblos, llegando incluso a proyectar películas de cine mudo, con una vieja máquina que habían adquirido. Cuando tenía 18 años, participa con su hermano Miguel en un concurso de dulzaina y tamboril que se celebra en Segovia. Acuden nueve parejas y quedan terceros, siendo precedidos por Paulino Gómez, el celebre "Tío Tocino", de Abades, quien obtuvo el primer puesto; y de Eulogio Gil, de Vegas de Matute que quedó segundo.

La guerra civil sorprende a Mariano cuando estaba haciendo el servicio militar en Cáceres, y no es licenciado hasta el año 1940 en que regresa a Segovia. A su vuelta, forma pareja otra vez, bien con su padre, o bien con su hermano Miguel, con los que recorre los pueblos próximos a la capital para tocar en sus fiestas. Eran tiempos difíciles y el hambre azotaba la dura posguerra. Por ello, una de las actuaciones que contratan, la celebrada en Carbonero de Ahusín, la cobran en garbanzos y para evitar el control de los de Abastos, intentan camuflarlos, sin éxito, en el bombo de la agrupación musical.

Contrae matrimonio en el año 1942 con Josefa Agejas, con la que tendrá ocho hijos, si bien uno fallecerá al poco de nacer y otro cuando solo contaba dos años. En ese mismo año, se funda el grupo de danzas de la Sección Femenina de Segovia, al que acom-

pañará Mariano San Romualdo con su dulzaina durante toda su trayectoria y hasta la desaparición del grupo en el año 1977, en que paso a denominarse Grupo de Danzas de Cultura y con el que también seguiría colaborando. En esa misma época, alrededor del año 1942, inicia Mariano su andadura con la comparsa de Gigantes y Cabezudos que recorre la ciudad de Segovia durante las Ferias y Fiestas de San Juan y San Pedro, acompañamiento, que ya no abandonaría hasta unos años antes de su muerte. Se convierte también Mariano, en el dulzainero de cámara del Mesón de Cándido, en donde acompaña al dueño en los repiqueos de dulzainas con percusión de platos rotos, que organiza el conocido mesonero en el trinchado de sus cochinillos.

Con el grupo de danzas de la Sección Femenina recorre España y participa en las expediciones culturales que realizan por el ex-